

Boceto biográfico de la Bolsa

Nuestro intento es mostrar a muchas personas que sin lumbre de leyes divinas ni humanas se meten atrevidamente en muy espesas tinieblas de contratos, porque no hubiera mercader que arrojara lecciones muy largas.

Fray Thomas Mercado, *Suma de tratos y contratos*. Prólogo.

¿Qué es la Bolsa?

En la vocación suele haber, cuando se acierta con ella, un fondo a veces claro y a veces misterioso que justifica el por qué dedicar una vida a determinada disciplina, y, cualquiera que sea la causa, si la entrega es sincera, suele ser fructífera y es siempre respetable.

Decía Arnold J. Toynbee, el gran historiador inglés, en su ensayo "Civilisation on Trial": ¿Por qué soy un historiador y no un filósofo o un físico? Por la misma razón por la que bebo el té y el café sin azúcar. Estos dos hábitos me fueron inculcados por mi madre desde mi más tierna edad. Yo soy historiador porque mi madre lo era antes que yo".

Algo semejante pudiera yo decir: ¿Por qué soy un mercantilista y no un químico o un biólogo? Por la misma razón por la que cedo siempre el paso o el asiento a una señora. Esa costumbre me la inculcó mi padre cuando yo era niño. Yo soy mercantilista porque mi padre lo era antes que yo. Y eso explica quizás por qué para mí el Derecho mercantil ha sido y es —además de una de las ramas del Derecho— una cosa viva, y el que hoy para esta lección inaugural, cediendo a amables requerimientos y a mi idea vital del Derecho mercantil —que no es otra cosa sino el derecho de algo tan vivo y tan inquieto como el mercado— os hable de una de las instituciones más vivas y más libres, y por consiguiente más interesantes y apasionante: la Bolsa, esa enteleguía de la que se habla como de una persona, y de la que se dice "que sube", "que baja", "que



está firme”, o “floja”, o “nerviosa”, o bien “que está enferma”, o “que se recupera” o que “está muy sensible y con fiebre”.

Y es la misma idea vital del Derecho mercantil, la que me ha hecho equiparar la vida a la Bolsa, conceptos ambos que ya fueron unidos, aunque con significación muy diferente en aquella frase que los salteadores lanzaban a los viajeros de los caminos, al conminarles con una elección, “la bolsa o la vida”, que no solía ser dudosa. Entre la bolsa o la vida se abandonaba la primera para no perder la segunda, ya que, conservando esta, quedaba siempre la esperanza de que algún día podría otra bolsa sustituir a la robada.

Pero ni la bolsa de que vamos a hablar es la del caminante, ni la vida es en este caso amenaza de muerte, aunque algo tiene a veces en el juego de Bolsa de la de un caminante desprevenido. Nuestra Bolsa, es la llamada Bolsa de comercio o de valores, institución que viene funcionando desde hace cuatro siglos con ese nombre; nuestra vida, es el hacer y el deshacer cotidiano de la humanidad en su camino sin descanso hacia el futuro. Pero la Bolsa es, además, y eso la hace atractiva para ingenuos e ingenios, un juego en el que han de entrar no sólo los juristas para estudiarlo y desentrañarlo, sino gentes de toda clase; a condición, eso sí, de tener algo que jugar: valores para vender, o dinero para comprar. Por eso, porque siendo un tema de especialistas, interesa o puede interesar a quienes no lo son, creo que encaja para ofrecerlo a unos oyentes universitarios que, en su mayoría nada tienen que ver con el estudio del Derecho mercantil “stricto sensu”.

En realidad lo que voy a tratar de exponeros es simplemente un cuadro, rápidamente abocetado, con una cuantas pinceladas históricas, jurídicas, filosóficas y científicas; o en otras palabras, un tema universitario sacado de la vida misma, y analizado por un especialista con un objetivo panorámico. El tema es tan o más de la vida que de los textos legales, ya que éstos, de una manera inevitable van pasando de la vigencia a la caducidad; y lo que trataremos de ver es cómo nació, vive y perdura una clásica institución mercantil de la que se habla mucho y suele saberse poco, en el tráfigo casi vertiginoso del mercado de valores; cómo se depuran, se complican, se afinan y se resuelven sus operaciones, y se enriquecen o se arruinan sus profesionales y sus aficionados.

Y aquí me parece de obligada lealtad confesaros que para estas pinceladas que voy a trazar no he necesitado, como les sucedía a los pintores de antaño, preparar yo mismo los colores. En este caso los colores —por

cierto de auténtica paleta impresionista— me los han suministrado tres libros admirables, de entre los cuales, dos escritos por compatriotas nuestros, uno en el siglo XVII, otro en el XIX, y el tercero, mucho más reciente, por un especulador húngaro. Un judío converso español, humanista, perseguido en Córdoba por la Inquisición, que exilado en Amsterdam fue jugador de Bolsa —Josef de la Vega—; un gran jurista conocedor de nuestra hermosa tradición jurídico-mercantil —D. Pedro Sáinz de Andino—; y un “especulador”, de nacionalidad norteamericana, nacido en Hungría y que vive en París sin perder su contacto diario con las más importantes Bolsas del mundo —Andrè Kostolany— son los autores en cuyas paletas no he tenido más que recoger la materia para este boceto biográfico que os ofrezco sobre la Bolsa.

¿Quién es ese personaje o esa personalidad —la Bolsa, tan cambiante, tan amada o tan odiada es, lo habéis adivinado, femenina— que recibe todos los impactos de las variaciones del mercado mundial?

Una flor tan hermosa como el tulipán; un producto agrícola como la copra un alimento tan sabroso como el salami; la riqueza con el oro, la plata, los metales y los diamantes, esmeraldas o rubíes; el transporte, con los ferrocarriles, los navíos y los aviones; el fuego, con los fósforos suecos; la paz y la guerra han determinado alegrías inmensas y espantosos desastres en la historia de la Bolsa, con tremendas repercusiones en la economía mundial.

Y sin embargo, si le preguntamos a cualquiera con un nivel medio cultural: ¿Qué es la Bolsa? unos nos responderán que es un bello edificio que vieron en un viaje a Madrid o a Barcelona o a Bilbao; otros dirán que la Bolsa es el negocio de los bolsistas; alguno quizá diga que es un juego, o ya, con cierto empaque afirme que son reuniones para la compra y venta de títulos. Todos tendrán su parte de razón al contestar así, y ninguno, a pesar de ello, os habrá dicho lo que es la Bolsa; porque una parte de la verdad, no es la verdad.

Pero vamos a comenzar, como es obligado, por el principio. De su nacimiento poco puede afirmarse, como poco puede decirse sobre cuándo apareció el primer hombre sobre la tierra. Sí podemos en cambio hablar de su bautizo, de su padrino, y de quienes eran los que le dieron contenido, nombre y carácter.

En cuanto al nombre, la Bolsa, como la guitarra, tiene una denominación internacional: en castellano “Bolsa”, en francés “Bourse”; en italiano “Borsa”; en alemán, en flamenco, en holandés, sueco, noruego y demás

lenguas germánicas “Börse”. ¿Por qué? A primera impresión pudiera parecer que como el dinero solía guardarse en una bolsa —esa que codiciaba el salteador— y la Bolsa es el mercado del dinero y de los valores, de ahí su nombre. Pero no hay tal, no es esa la razón histórica de llamarse así. Lugares en que se reunían los comerciantes y los especuladores para hacer su negocio, existieron y se conocen desde hace más de 25 siglos. Es más, alguien dijo, con gracia, que acaso el primer especulador fue el casto José con su sueño de los 7 años de vacas gordas y los 7 años de vacas flacas; haciendo, como Ministro de economía del faraón, una bella operación “alcista”. Y nuestro Josef de la Vega, en el primer tratado escrito sobre la Bolsa, con el elocuente título de “Confusión de Confusiones”, decía, hablando del negocio de la Bolsa que “los mitológicos presumen que lo inventó Mercurio, que es el nombre que dan los químicos al azogue, por el desasosiego con que viven los accionistas; además de haber sido fabulosa deidad protectora de los robos”.

Lo que no ofrece duda es que la especulación comercial se practicaba en los puertos de la talasocracia griega, como el Pireo, en el emporio de Roma, el templo de Jerusalén, de donde Jesucristo hubo de expulsar a latigazos a los mercaderes que allí concertaban sus operaciones y sabían lo que era especular. Y continuó practicándose en el lido de Venecia, en Marsella, en Barcelona, en Burgos, en Bilbao y en Sevilla: porque junto al mercado brota siempre el negocio —nec otio, no estar ocioso— y junto al mercader, el hombre del mercado, se encuentra siempre el “especulador”, el hombre que avizora; y si Jesús los expulsó del templo de Jerusalén, más de 15 siglos después (en 1598) hubo que volver a expulsarles de la hermosa catedral de Sevilla que invadieron por las buenas, después de haberse estado reuniendo muchos años en las gradas de la misma, para discutir sus asuntos y ajustar sus contratos, en el amplio y cómodo interior de la primera iglesia sevillana, según lo cuenta en su estudio sobre “La Casa de Contratación de las Indias” nuestro historiador de la economía, Piernas Hurtado. No obstante, ninguno de aquellos lugares de contratación se llamó nunca Bolsa. Esta palabra para designar lo que hoy se conoce como Bolsa de comercio o de valores, comenzó a usarse en la ciudad de Brujas, durante el siglo XV por la costumbre que tenían los comerciantes y negociantes extranjeros que allí acudían, de reunirse en la casa de un gran especulador de aquella ciudad, llamado Van der Boursen —de las bolsas— y en cuya casa lucía un escudo en piedra con tres bolsas esculpidas, como explicación del linaje o apellido. Y del mismo modo que se llamaron “lonjas” —de loggia o soportal— en Italia primero y en España más tarde, a las reuniones de mercaderes, porque se encontraban en los soportales o “loggias” para sus tratos, así se llamó Bolsa a

las reuniones de la ciudad de Brujas en casa de los Van der Boursen. Nombre, de otra parte adecuado ya que en las Bolsas es donde más dinero se maneja. De Brujas, el nombre pasó a Amberes, de Amberes a Amsterdam y a Rotterdam y de allí se extendió rápidamente a toda la Europa continental.

La Bolsa es “especulación” y el bolsista “especulador”. Uno y otro vocablo vienen de “especula”, esperanza, de donde se formaron: “specularium ventana de vidrio, es decir a través de la cual puede verse el panorama; “speculum”, espejo, y “speculator”, especulador, el que atalaya vigilante. ¿Y qué es lo que atalaya? Nada más y nada menos que las posibles corrientes de los precios para jugar con ellos en beneficio propio.

Hasta aquí el nombre; pasemos ahora al contenido. En la Bolsa hay arte y ciencia; tiempo y espacio; unidad y variedad; fortuna e infortunio; rumores y verdades, como acontece en la naturaleza y en la vida.

Josef de la Vega, en su “Confusión de Confusiones”, que subtítulo (Diálogos curiosos entre un filósofo agudo, un mercader discreto y un accionista erudito), dijo de la Bolsa y de su juego: “Yo experimento ser —la Bolsa— el árbol de la vida, porque hay innumerables que ganan la vida a su sombra, y aseguro que los que se contentaren con cogerle el fruto a su sazón, sin aspirar a arrancarle de una vez las raíces, confesarán ser el tronco muy robusto, las raíces muy firmes, las ramas muy durables, las hojas muy bellas, las flores muy odoríferas y los frutos muy sabrosos”. Frutos, ramas, hojas, flores; es decir, naturaleza. Pues bien, “Cualquier que eche sobre la naturaleza una mirada interesada —ha dicho Etienne Rabaud en su “Introduction aux Sciences biologiques”— se siente desde el comienzo sorprendido por la diversidad de las formas y de los colores que se le ofrecen... sobre el fondo de la pradera, de un verde aparentemente uniforme, se destacan como echadas al azar, flores de coloraciones y tintes variados. Y cuando liberándose de esta primera impresión, el observador intenta entrar en el detalle, descubre una multitud heteróclita e innumerable que parece desafiar al análisis”.

Algo parecido sucede con la Bolsa; sobre su fondo aparentemente uniforme se destacan fácilmente algunas variedades; pero si se intenta entrar en el detalle, se descubre esa multitud innumerable que desafía al análisis. Por eso se puede enseñar y aprender la legislación de Bolsa, como se puede enseñar y aprender la ley natural; pero no se puede, teóricamente, enseñar y aprender a vivir la Bolsa, como no se puede enseñar y aprender a vivir la vida. La Bolsa, ya lo hemos dicho, es, como la vida, “espe-

culación”, esperanza; y como la esperanza de ganancias no tiene límites y cualquier mercancía puede servir de base a operaciones especulativas, la especulación bursátil, como la de la vida es infinita.

La sutileza de los conceptos, en materia de Bolsa nos da una idea bastante clara de las dificultades con que tropieza el especialista cuando se adentra por ese mundo frenético de las operaciones especulativas. Teóricamente, la Bolsa es una casa de contratación. Sus distintas operaciones adoptan siempre la forma del contrato de compra y venta en sus dos modalidades esenciales: al contado y a plazo; lo cual haría suponer que desde el punto de vista científico jurídico nos encontráramos ante una institución perfectamente dibujada y de sencilla explicación. Pero las cosas no son tal elementales como pudiera deducirse de esta primera verdad. Y no lo son porque el ingenio y la ambición humanos, manejando el tiempo, el espacio, la información, el rumor lanzado sinuosamente, y también la ambición de la contra-parte, han logrado que en muchas ocasiones, el contrato y su cumplimiento enmascaren un peligroso “juego de agiotismo” contra el que se ha reaccionado, por cierto sin gran éxito desde hace casi dos siglos.

Fue, en Francia, Mirabeu el que en su “Denonciation de l’agiotage” lanzó una verdadera filípica contra la especulación bursátil, a la que con argumentos un tanto apocalípticos, lo que quiere decir exagerados, culpaba de casi todos los males económicos de su país. Y como sucede siempre que se deforman los hechos exagerándolos, aquellos violentos ataques, no produjeron el resultado apetecido.

“Es preciso persuadirse —decía— de que ningún hombre honrado y celoso del bien de su patria ha comprendido el carácter y las consecuencias funestas del agio; pero una vez que se les presente el cuadro de estas maldades, quienes las protegiera y apoyara se haría reo de “lesa-patria”. Y agregaba poco después: “Tiempo es ya de que se haga refluir sobre los campos, sobre los talleres y sobre los astilleros, los cuantiosos capitales que absorbe la Bolsa sin dar más fruto que una corrupción general”.

Nada consiguió Mirabeu con su crítica, a pesar de su prestigio como político y como economista. Y don Pedro Sáinz de Andino, el segundo de los autores en cuya paleta —ésta clásica— entramos hoy a saco, autor de nuestro primer Código de Comercio de 1829, de la Ley de Enjuiciamiento mercantil, y de la Ley de Bolsa, por la que se creó la de Madrid, de 10 de septiembre de 1831, publicó el año 1845, cuando el parlamento espa-

ñol discutía la reforma de la Ley de Bolsa, estimulado por el escándalo del agio en la contratación muchas veces ficticia, de los efectos y valores públicos, un precioso “Ensayo crítico sobre la contratación de la Bolsa de comercio y las ventas simuladas de los efectos públicos”, del que, por desgracia, no llegó a publicar la 2.^a parte.

Pues bien, en la conclusión de su Ensayo, nos dice don Pedro: “Cuantos se hayan hecho cargo del origen y progreso histórico de las Casas de Contratación; de su objeto verdadero; de los efectos de utilidad pública a que tienden estos establecimientos; de los contratos a que están destinados; del régimen que ha de observarse en sus reuniones, etc... no necesitarán ciertamente otros datos, ni más demostraciones para convencerse de la repugnancia manifiesta que tiene con estas doctrinas, apoyadas todas en disposiciones legales y antecedentes incontestables, la contratación actual de la Bolsa de Madrid, cuyos abusos toman de día en día un incremento, que apenas puede concebirse. Sus reuniones siguen frecuentándose, no ya por comerciantes, por hombres de negocios y por especuladores de profesión, sino también por personas de categorías y clases, a quienes las leyes prohíben mezclarse en el tráfico mercantil, como incompatible con su situación social y sus deberes públicos, al paso que la moral y el derecho les imponen el deber de mantener una reputación honrosa, que no puede menos de menoscabarse entre las cábalas, los artificios y los manejos insidiosos de que se alimenta el criminal y escandaloso agiotaje de la Bolsa. Las compras y ventas de los efectos públicos que diariamente se publican —hablaba en 1845— están en una desproporción inconmesurable, con los valores de esta clase que se hallan en circulación; pues que las sumas de las jugadas se cuentan en pocos días por miles de millones: las catástrofes que produce el movimiento, incierto y forzado a las veces, de los precios del papel, se señalan a centenares; y, por último, en estos mismos días en que escribimos estas líneas —insiste— los periódicos todos se ocupan a la vez de esa empeñada lucha entre “alcistas” y “bajistas” recriminándose los unos a los otros de emplear respectivamente maniobras fraudulentas para producir una alza o una baja, ficticias la una y la otra, como si el crédito del Estado no tuviera un termómetro seguro e infalible en sus verdaderas garantías...” para terminar con esa sombría pincelada: “Al contemplar el cuadro de sus funestas consecuencias, confirmadas por los hechos de que somos testigos, los hombres de moralidad, los ingenios previsores, las almas sensibles, los padres de familia, en fin, celosos del porvenir de sus hijos, tiemblan sobrecogidos al sombrío aspecto de este nuevo foco de desgracias y miserias, con que se aumenta más y más la desolación de este desventurado país, harto trabajado ya por sus fatales discordias civiles”.

Lo que quizás no percibía el clásico don Pedro era que aquella zarambanga de “alcistas” y “bajistas”, aquella frenética negociación de los agiotistas con operaciones de las llamadas “diferencias”, es decir, la simulación de compra-ventas a plazo de Efectos Públicos que no poseían los pseudo-contratantes, para liquidar al término de la operación las diferencias de precio de los valores sobre los que jugaban, era la consecuencia del desconcierto económico y la desconfianza en el Estado, situación que facilitaba, con la circulación de cualquier rumor hábilmente lanzado, bruscos y rápidos cambios en la cotización de los valores, con lo que se ofrecía a los temperamentos jugadores una pequeña lotería al alcance de muchos, y en la cual, cada quién creía que podría engañar a su contraparte en beneficio propio.

El ambiente bursátil es tan complejo y los “golpes” en la Bolsa son tan espectaculares, que no fueron sólo economistas y mercantilistas los que se lanzaron a la crítica de esos “juegos” o “tafurerías” de la Bolsa causando desastres en las economías de quienes alegremente se dejaban embaucar por especuladores profesionales deshonestos. El drama de la Bolsa atrajo a excelentes novelistas del siglo XIX, y hay que reconocer que la Bolsa ha tenido lo que suele llamarse “mala literatura”: Balzac en “El Intrigante”, nos presenta a Mercadet, subproducto bolsista deleznable; Zola, en “El dinero”, novela que tiene por fondo la Bolsa de París; y Ben Johnson con su “Volpone” presentaron a sus lectores el que pudiéramos llamar aspecto dramático de la Bolsa. Hay que reconocer que el tema —ciertamente arrancado de la vida diaria— era atractivo, y se prestaba en aquellos años de romanticismo a dramatizar, como lo hicieron esos autores. Pero la verdad es que la crítica a los “abusos” de la Bolsa circula por el mundo desde que nuestro Josef de la Vega publicó su inimitable libro “Confusión de Confusiones” que ya desde el título aconseja prudencia para adentrarse por los pasillos y recovecos de la Bolsa.

El “accionista erudito” de sus diálogos —que es el propio autor— explica así a sus compañeros, el filósofo agudo y el mercader discreto, lo que es aquel negocio: “Os certifiqué ser enigmático el negocio que profeso; y que al paso que era el más real y el más notable que había en Europa, era el más falso e infame que había en el mundo: y para que aprobéis lo verdadero de esta paradoja, sabed que ha trazado la necesidad *hacer de este negocio juego*, transformando los mercaderes en *tahures*; y si aún parasen en tahures, sería tolerable el daño, mas lo peor, es que han dado algunos en *fulleros*, y que si bien les lleguen a conocer las flores, se quedan sin embargo con los frutos”.

“Para mejor inteligencia de este asombro, debéis advertir que tratan de este negocio *tres clases de personas*, unos como *príncipes*; otros como *mercaderes*, y los últimos como *jugadores*”. Y después de contarles que los “príncipes” son los inversionistas ricos que no venden, y cobran cómodamente sus rentas, y como operan los “mercaderes”, procurando “cubrirse” con ganancia pequeña pero segura, añade: “Los terceros, como jugadores, han procurado hacerse terceros de sus aumentos, inventando unas ruedas en que han solicitado establecerse las de sus Fortunas. ¡Oh, qué terceros! ¡Oh, qué orden! No fue más intrincado el laberinto de Creta que el de sus designios, porque aún de aquel salió un Teseo con el hilo de Ariadna, y de éste hay muchos que *no han podido salir sino con el hilo de la vida*: no es más delicado un hilo que sus trazas, y no hay cabello por sutil que sea, que no lo sepan cortar en el aire con sus agudezas”. Entonces, con un “humor” que para sí quisieran algunos humoristas, les cuenta a sus oyentes, cómo los *jugadores* se aprovechan de los ambiciosos a los que han embarcado en operaciones catastróficas y que al llegar el término de las mismas y encontrarse en la imposibilidad de pagar: “abátenles el efecto, para que vendan por menos del empleo; y como este género es árbol (pues la operación tiene sus raíces, sus flores y sus frutos) —y los hebreos— —él lo era— llaman al árbol “horca”; en viéndolos ahogados con las partidas, y ahorcados por el dinero, procuran que cuelguen, como Absalón de este tronco, y mueran como Adán —desnudos— por este árbol”. Y ante el asombro del Filósofo y del Mercader, que tratan de buscar una salida airosa, les dá a conocer el “truco” de los llamados “Federiques”, los que afirmaban que “quien compra, no está obligado a pagar lo que compró; yo perdí por haber comprado, luego no estoy obligado a pagar, truco que él explica, sin el menor dramatismo, del siguiente modo: “Este es el busilis y énfasis de este negocio: y para que reconozcáis que *en tales* enredos no supo nada vuestro *Tules* (de Mileto) y que de vuestor Sócrates no debéis aprender más, que a saber que no sabéis nada; es advierto que no fue *sólo Solón* el que dio leyes, mas que hubo también un radiante *Sol* en la ilustre Casa de Nassau, que se llamó Federique-Enrique el cual (por los prudentes motivos que le dictó su sutil ingenio, hizo establecer una Pragmática en estas Provincias (pragmática, aclaremos nosotros, que fue la primera sanción contra las operaciones llamadas “diferencias”) que el que vendiese acciones a tiempo largo (a plazo), sin ponerlas al tiempo de cuentas al que se las comprase, quedase expuesto (por el delito de vender lo que no tenía) a que no se las recibiese el comprador en el plazo designado: con lo que arrimándose a este asilo (al que llaman *hacer Federique*, por el nombre del famoso Príncipe que lo instituyó) cesaron las borrascas, pasaron los asaltos y pasaron las zozobras”.

El análisis del libro de Josef de la Vega con sus sabrosísimos diálogos entre el filósofo agudo, el mercader discreto y el accionista erudito, diálogos que terminan después del desastre de la Compañía Holandesa de las Indias en 1668 —el mismo año de la publicación del libro— con la ruina del autor, que es el “accionista erudito”, nos llevaría demasiado lejos y requeriría un amplio volumen de comentarios, improcedente aquí. Pero lo que sí cabe y vamos a hacerlo, es entretenernos unos minutos para deciros lo que ese admirable libro de nuestro compatriota de la Vega, injustamente olvidado, como tantos otros españoles geniales, significa dentro de nuestra literatura viva jurídico-mercantil.

En todo él juega con las palabras con tal viveza y gracia, que si los mercantilistas hubiésemos seguido el camino que él supo trazar, humanizando las instituciones, hace mucho tiempo se hubiera desterrado la general y equivocada idea de que el Derecho mercantil es una aburrida ciencia, o como dicen hoy los jóvenes (sin saber demasiado lo que dicen) *un rollo*; porque rollos eran los papiros que se guardaban en la Biblioteca de Alejandría, y gracias a ellos conocemos las primeras mediciones de la tierra.

Pues bien, volviendo a nuestro Josef de la Vega, en cuanto se leen las palabras de la dedicatoria al Señor Duarte Núñez da Costa, —probablemente un hebreo portugués, residente como nuestro autor en Amsterdam y que debió de pagar la edición del libro, ya que el arruinado de la Vega no quedó en condiciones de hacerlo— el lector advierte como maneja el ingenio nuestro exilado de Espejo de Córdoba: “Lámase generalmente juego este negocio, y yo digo que es el del hombre este juego; o ya porque todos entran en él, o ya porque en esta *baraja* vale tanto la *espadilla*; o ya por lo que tienen algunos de *matadores*; o ya por lo que atiende a los *reyes*; o ya porque cada *figura* puede ser un *tesoro* y cada carta un triunfo. Luego si en este juego, quien más roba más gana, ¿cómo puedo dejar de robar las horas a lo preciso, si pretendo ganar con estos robos lo gracioso?”.

Y en las primeras líneas del Prólogo quedan claramente explicadas las finalidades de su libro:

“Tres motivos tuvo mi ingenio para tejer estos diálogos, que espero granjeen el título de curiosos. El primero, entretener el ocio con algún deleite que no desdore lo modesto. El segundo, describir (para los que no lo ejercitan) un negocio que es el más real y útil, que se conoce hoy en Europa. Y el tercero, pintar con el pincel de la verdad, las estratagemas

con que lo tratan, los tahures que lo desdoran, para que a unos sirva de delicia, a otros de advertencia, y a muchos de escarmiento”.

Y si los motivos fueron tres, sus diálogos son cuatro: en el primero, explica el origen y etimología de las acciones, la opulencia de la Compañía Holandesa de Indias, el supuesto inventor del juego de la Bolsa, la generalidad del empleo y significación de los opsies, y el prelude de los embustes. En el segundo, descifra la inconstancia de los precios, las razones de la inestabilidad, los consejos para el acierto, las causas de las mudanzas, lo tímido del juego de los contraminores (o bajistas), lo alentado de los Liefheberen (alcistas), el epílogo de aquellos horrores, el epítome de estos bríos, los símbolos de las metamorfosis, lo incomprendible de esas transformaciones, los delirios que se usan, los disparates que se inventan, las frases que se introducen, y los adagios que se veneran. En el tercero, descubre algunos estatutos, la realidad de los contratos, la firmeza de los acuerdos, el modo cómo se ajustan las partidas, cómo se firman, cuándo se reciben, dónde se transportan, el lugar de la batalla, la indecencia del combate, los desasosiegos, los desahogos, las palmadas, la imposibilidad de huir de estos concursos, quién comenzó a frecuentar estos congresos, la descripción de la Compañía del West, etc... y al iniciar el cuarto, después de esta descripción que él mismo ha hecho de los tres anteriores, les dice a sus oyentes: “Con que ahora me falta delinearos lo más especulativo de estos enredos, lo más fino de estas cavilaciones, lo más delicado de estas inquietudes, lo más sutil de estas agudezas y lo más intrincado de estos laberintos”. Y en ese cuarto y último diálogo, escrito ya, cuando el crac de la Compañía de las Indias le había de nuevo arruinado, resume con gracia, ingenio, erudición y gallardía las razones de su desgracia: “No tengo otro alivio —les dice— que la consideración de no perderme por ignorante, sino por infeliz; y como de estos estragos no puede librarnos la cordura si nos persigue el Destino, os iré manifestando los engaños de este juego, para que si os sumergiéreis en él, sea a lo menor por desdichados, no por necios”. Y una tras otra pone sobre el tapete las doce trazas o añagazas que suelen emplear las “cábalas” o compañías constituídas para especular sobre la compra-venta de acciones.

A lo largo de su ingeniosa explicación, aparece toda la jerga bolsista de la época, desde el “tener calcetas” los que se empeñan en vender de prisa y a cualquier precio, hasta el “bofetón” que es una operación des acertada, pasando por los Liefheberen (alcistas), contraminores (bajistas) llamados así porque van contra los intereses de la Compañía *en la India*, a la que se llamaba, por lo productiva que era “La Mina”; tahúres —del árabe, *dajul*, engañador; los “bichiles”, que son las compras en un mo-

mento de alza rápida de un valor (bichiles llamaban los muchachos holandeses a las mariposas); lo que son los “opsies”, las opciones u operaciones con “prima”, que hoy siguen practicándose para cubrir posibles riesgos; los “surplus” o diferencias en más; los “corner” o alcistas que compran a plazo; la “ida y vuelta”, operación de bajista que vende a plazo y que si vende demasiado ha de recomprar para entregar.

Es al final del libro donde muestra su mayor agudeza y temple, cuando relata a sus amigos, el filósofo y el mercader, el desastre de la Bolsa de Amsterdam, que a él, experto bolsista, vuelve a llevarle a la ruina.

“Esto es (amigos míos) todo cuanto os sé decir de esta Catástesis (catástrofe), aunque no sea más que un bosquejo de lo que se puede decir. Alejandro se enterneció al oír representar la tragedia de Europa; y no puedo creer —viene a decir— que haya corazón de bronce que vea representar nuestra tragedia sin lágrimas”. Y él, víctima directa del desastre, comenta: “Bien me parecía a mí que tanta risa había de parar en tanto llanto; pues de Solonio relata Servio, que naciéndole un hijo riendo el día que entró triunfante en Roma, se tuvo por fúnebre el auspicio”. Así, de broma en broma y de verdad en verdad, buscando ejemplos clásicos que va colocando como anillo al dedo, les habla de las estatuas de Teodorico y de Nabuco, de la locura de Teágenes, al que por su locura e inconsistencia se le llamaba “humo”; del espartano empeñado en mantener de pie un cadáver, para llegar a explicarles por qué llama a su libro “Confusión de Confusiones”.

“El año en que se sirvió Julio César del matemático Sofígenes, para que reduciendo el año lunar, inconstante, al año solar fijo de 365 días y 6 horas... fue necesario subvertir todos los términos de las ferias y dejando correr dos meses, además del intercalado, se llamó vulgarmente el *Año de la Confusión*, este año. Aquí los accionistas veían que el término del Palo —el viaje de la flota— expiraba a primeros de septiembre y anhelaban otro Sofígenes que mudase las estaciones, porque deseaban prolongar septiembre hasta noviembre, para ver si se pasaban los sustos y subían los precios; pero ya que no consiguieron la trasmutación, sí lograron el efecto, porque éste quedó siendo el *Año de la Confusión* para tantos desgraciados que confesaron ser la infelicidad presente, un laberinto de laberintos, un horror de horrores, una *Confusión de Confusiones*.

Suspendo el discurso, porque me perturban las agonías del ingenio”.

Pero no le perturban lo suficiente para que no nos diga, como de pa-

sada y sin darle importancia, la razón de la riqueza y prosperidad comercial de Holanda, como consecuencia de la errónea política española y portuguesa, al prohibir a los buques de Flandes hacer escala en los puertos de la Península.

“Os describí los progresos desta famosa Compañía, que habiéndole abierto el rumbo algunos navíos particulares en el año 1594, se estableció en el de 1602 por orden de los Estados Generales, *para que oponiéndose a los generosos amagos de los Lusitanos e Iberos*, pudiese gozar (como hoy goza) las conquistas de tantos reinos y los tributos de tantos Reyes; por cuya causa puede ser que se grabase en el año que se fundó, una medalla de Zelanda, con un caballo que saltando del globo terrestre a la mar, tenía por nota las palabras de Juvenal *Non sufficit orbis*, porque aspiraba a nuevos orbes por su brío, y le prevenía nuevos mundos su Fortuna”.

Todo el libro está lleno de alusiones graciosas y de sugerencias. Para de la Vega, la Bolsa, como la vida es una comedia. Finaliza su Diálogo Segundo asegurando a sus oyentes que él, en lugar de hacer como Apeles, que retrató a Antígono de perfil para evitar que se viera que era tuerto, siguió otro camino, dejando por el de la verdad, el de la lisonja. Y al comenzar el Diálogo Tercero, dice el filósofo: “Ay misero de mí” y el mercader, suspira: “Ay infelice”. De la Vega, recoge al vuelo aquello para continuar: “Que si pago muriendo Cielos, qué culpa cometí naciendo? Nace el ave...”.

El mercader le pregunta si está endiablado y el accionista, es decir, el autor, le responde que no hace sino seguir la gran comedia de “La vida es sueño”, porque como le han recibido con quejas, cree lo mejor representar una comedia en la vida, ya que muchos filósofos comparan la vida a la comedia; y les dice: “Más de estas comedias que representan en el mundo los humanos, haciendo diversos papeles en el Teatro Magnífico del Mundo, no hay comedia como ver las que ensayan los accionistas (bolsistas), donde campean con inimitables realces, las trazas, las entradas y salidas, los escondidos, las tapadas, las contiendas, los desafíos, las bur-las, los dislates, los empeños, el apagarse las luces... etc. —y agrega— no puede haber divertimento más gustoso que oír las comedias que eligen para simbolizar sus genios, mis académicos, representando todo el cónclave unido, la del *Palacio Confuso*. Los *Liefhebberen*, “Sufrir más por querer más”, “Los *contraminores* (los bajistas), “La fiera, el rayo y la piedra (es decir, los elementos que pueden producir caídas de precio), Los neutrales, “Entre bobos anda el juego”, Los primorosos, “No hay vida

como la honra”, Los Federiques, “Dicha y desdicha del nombre”, Los felices, “Ventura te dé Dios, hijo”, Los desgraciados, “Oponerse a las Estrellas”. Y finalmente, quisiera que vos representáseis la de “Abrir el ojo”, aunque yo estoy representando “Darlo todo y no dar nada”; ya que enseñándoos cariñoso cuanto sé, sé que no os doy nada”.

Pero el filósofo y el mercader que creían haber aprendido ya en las conversaciones con el accionista todos los secretos bursátiles, están desesperados, porque el primero, durante la ausencia del accionista por un viaje a Bruselas, ha hecho una operación desastrosa jugando a la alza, y el segundo, creyendo ser prudente se deja engañar al practicar inocentemente unos “opsies”, “opciones”.

La reacción del accionista es inmediata al conocer los desatinos realizados por sus dos interlocutores: “Oh, desdichado de mí, que he perdido, como el que enseñaba a hablar a un cuervo, el tiempo y el aceite. ¿Para qué os dí tan repetidas lecciones en lo que os convenía, sino habían de servir más que a acriminar la bobería, y formar más horrible la barbaridad?”. Y entonces les explica los siete errores garrafales cometidos por ellos, en su ignorancia, y que, lo que es peor, no por eso habrán escarmentado; describiendo minuciosamente a continuación cómo se fundó, cómo funcionó la Compañía del West, y los inmensos apuros que pasó el año 1674; así como el mecanismo de la Bolsa de Amsterdam.

Y he aquí por donde, acaso por aquello de la redondez de la tierra, de que nos ha hablado Josef de la Vega, ha llegado el momento de poner en claro cómo y por qué en las andanadas que nuestra España ha ido viviendo, y encontrándose en condiciones excelentes para haber seguido a la cabeza económica de Europa, como lo estuvimos en los dos primeros tercios del siglo XVI, descendimos en el XVII —nuestro siglo de oro literario y artístico— entregando la antorcha de aquella hegemonía, que, por desgracia, no hemos vuelto nunca a recuperar.

Una sublevación en Flandes, la de los “mendigos” —los gueux— le sirve a un político ambicioso y hábil, Guillermo de Nassau, para proclamar su famosa divisa “Je maintiendrais”, al frente de los sublevados, y conseguir, con el entusiasmo de los nacionalistas zelandeses, la independencia de los Países Bajos, del Imperio español. Y al aplicar, como medida de represalias —“generosos amagos” les llama con su sorna de la Vega —la prohibición de entrar en puertos españoles y portugueses los navíos de Holanda, les lanza a intentar hacer el comercio por todas partes; pero además, la expulsión de los judíos de España y de los protestan-

tes de Flandes, le proporciona a los Países Bajos lo que les podía faltar para su gran empresa: capitales y capitalistas emprendedores.

Entretanto, cegado el puerto de Brujas por el arrastre de tierras, Amberes le sucede en la importancia comercial, y lo que en Brujas se llamaba "Bolsa", por las del escudo de los Van der Boursen, se institucionaliza en Amberes bajo ese nombre en 1531, como mercado libre de valores, y en 1592, se hacen ya en aquella Bolsa las primeras listas de cotización, que son la base para la determinación de los precios bursátiles. Y al mismo tiempo la política de Carlos V que le obliga a recurrir para sostener sus guerras al banquero de Augsburgo, Jacobo Fucar; el desplazamiento de la Banca internacional, de Florencia y aun de Italia, hacia el Norte; la fiebre del oro, desatada en Europa por el que traían nuestras flotas; la insaciable ambición de los banqueros en su relaciones con la Corona de España, las guerras religiosas y el movimiento de la Reforma y la Contra-Reforma, son pasos que hacen poco a poco irse hundiendo nuestra supremacía por la debilitación cada vez más grave de los cimientos en que se apoyaba.

Quizás si la Casa de Contratación de las Indias, admirable institución en principio, hubiese podido liberarse del férreo cinturón que para ella era la dependencia directa de la Corona y por lo tanto de la política económica de los Austrias, hubiéramos podido sostenernos y evitar el desplazamiento del gran comercio internacional; pero la historia es como es y así hay que aceptarla; y lo cierto fue que, aprovechando aquellas incidencias, Amsterdam, cuando los holandeses en su guerra contra España cegaron las bocas del Escalda y Amberes sufrió las consecuencias, se transformó en una verdadera nueva Venecia, pasando a ser el primer centro comercial de Europa.

Desde nuestro punto de vista, lo que nos interesa es que la Bolsa de Amsterdam es ya en el siglo XVII, el más importante centro nervioso del comercio internacional y que en ella funciona el mercado *a plazo*, el mercado de operaciones *a prima*, el juego de *dobles* y de *diferencia*; había "días de liquidación", "cotizaciones de compensación", "prórrogas", para las operaciones, y "consorcios de alzas" (cábalas), así como "sindicatos de baja", exactamente igual que en cualquiera de las grandes Bolsas del mundo, se practica hoy. Dato esencial para comprender aquella rápida floración bursátil, es la creación en 1602 de la Compañía de las Indias Orientales, que llega a constituir una verdadera potencia marítima, cuyas acciones fueron, a consecuencia de los posibles riesgos de navegación, uno de los papeles que más se brindaron a la especulación.

Por ser la anécdota curiosa, y aleccionadora para comprender la especulación bursátil, voy a referiros brevemente, la entretenida historia de la especulación sobre los tulipanes que terminó en 1636 con uno de los primeros *cracs* de que hay noticia.

Era emperador de Austria Fernando I, y su excelencia Herr Busbeck, embajador suyo ante la corte del Gran Turco, Solimán el Magnífico, regresaba a su puesto, después de una estancia en la corte. Ya entrado en su coche en tierras de Turquía, vió en el campo unas bellísimas flores, que los turcos llamaban "Turban" y que él, acaso porque le era más fácil pronunciarlo llamó "tulipán". Enterado de cómo podían enviarse a la corte, adquirió unas cebollas de tulipán y se las remitió al emperador y a algunos de sus amigos, por el correo diplomático. La flor, que en Europa se desconocía, produjo tal entusiasmo que en poco tiempo, y gracias a que el famoso botánico Clausius logró aclimatlarla, pasó a ser la nota de distinción y elegancia en quien la poseía. Duques, marqueses, condes, banqueros, grandes comerciantes, adquirirían la flor aclimatada, como muestra de su refinamiento y las cebollas de tulipán adquirieron precios fabulosos. A cambio de un bulbo o cebolla de la llamada calidad "Vice-Roy", se entregaron: 12 cargas de avena; 12 de trigo; 8 cerdos; cuatro vacas; cuatro barriles de cerveza; 1.000 libras de mantequilla y varias toneladas de queso; lo que equivale aproximadamente hoy a un precio de 250.000 pesetas.

Kostolany, nuestro tercer autor, en su libro fuertemente colorista, "Si la Bourse m'étais contée", relata con verdadera gracia esta anécdota bursátil de los tulipanes, y cuenta que un rico armador, que quería impresionar a sus competidores y hacer hablar de él, tuvo la idea de dar a su hija en dote, como el más bello de los diamantes, un bulbo de especie rarísima. Invitó a sus amigos a que fuesen a ver aquella joya botánica, para la que preparó una mesa especial. La cebolla estaba en el centro de la mesa, sobre su más bello plato de la rica cerámica de Delft. Mientras atendía a sus invitados en el jardín, un marinero de un barco extranjero, novicio en la pasión de los tulipanes, sobre los que se especulaba como uno de los mejores papeles en alza, entró en la casa. Iba comiéndose un arenque con un mendrugo de pan, pensó que aquella cebolla podía ser un perfecto condimento y la cogió y le dió unas buenas dentelladas. Cuando el dueño lo vió y trató de impedirlo, era demasiado tarde: la dote había sido devorada antes de la firma del contrato matrimonial. Y añade Kostolany: "La historia no cuenta si el burgués murió de pena y de despecho; pero bien pudo suceder así".

En la biografía de la Bolsa, en su desarrollo y en su salud, hay un elemento que no puede olvidarse, porque ha constituido el principal alimento para su sostén y nutrición, y sus “calorías” mantuvieron siempre ese prodigioso organismo bursátil, para multiplicarse, extenderse y convertirse y conservarse, como mercado libre de valores, en el regulador de los precios mundiales. Ese elemento son las grandes compañías constituídas por acciones, cuyo valor dependía sobre todo de los éxitos o fracasos de aquellas empresas; y no fue por azar ni por capricho, sino por razón del riesgo en la aventura, por lo que los títulos de sus acciones eran el papel cotizable que más se prestaba a la especulación. Y es conveniente y justo señalar que la Bolsa, como institución y como centro nervioso de la contratación de los valores, fue y sigue siendo un freno a las desorbitadas especulaciones de los agiotistas. Esa fue la razón del nacimiento de la Bolsa de Amberes y Amsterdam; de la de Londres en 1567; de la de París en 1724 y de la de Nueva York. La razón es clara. La existencia de ese centro; la profesionalidad de sus agentes; el rastro inevitable de la operación en los libros de los agentes, otorgaban mayor seriedad a sus operaciones y si no era posible evitar la ilimitada ambición de los especuladores y la fantasía de los aficionados más o menos ingenuos, conseguía, eso sí, limitar el desorden, encauzar el mercado financiero, y acreditar o desacreditar a los que habitualmente operaban en sus reuniones.

Todas esas Bolsas —Amberes, Amsterdam, Londres, París y Nueva York, para no hablar más que de las que mayor importancia tuvieron o tienen— nacieron en momentos en los cuales la coyuntura histórico-económica o financiera del país amenazaba con una situación caótica difícilmente reversible, por la dispersión y falta de seriedad en la especulación, si no se organizaba y centralizaba el mercado de cambios y valores.

La Bolsa de Londres (“Stock Exchange”), la crea Sir Thomas Gresham en 1567 a los diez años de haberse producido en Europa la gran crisis de 1557, como consecuencia de las restricciones crediticias de los Fúcar a Felipe II, y del hundimiento del famoso empréstito francés “Le gran parti”, cuyo papel cayó brutalmente al tener que declarar Enrique II de Francia que le era imposible pagar ni la deuda ni los intereses. Cuando Sir Thomas crea la Bolsa londinense, lo hace sobre el ejemplo de la de Amberes, donde, gracias a la ordenación de la especulación en la Bolsa, los Países Bajos se habían afirmado como uno de los mercados más rentables y seguros. Y la obra de Gresham se afianza rápidamente y llega a ser, aparte de la gran impulsora para la formación del Imperio británico, el verdadero centro mundial de cotizaciones durante el siglo XIX.

La de París, que se funda en 1724, nace para ordenar un mercado financiero desastroso a consecuencia de la política económica de John Law, el escocés, que funda "La Banque Nationale"; emite sin limitación billetes de banco, y lanzado a las grandes finanzas, crea la "Compagnie du Mississipi" para la colonización y explotación de la Luisiana. Precursor de los efectos de la publicidad, lanzó a millares prospectos de su compañía donde se encandilaba a los lectores con la explicación fantástica de las riquezas prodigiosas de la Luisiana, y las gentes se lanzan a suscribir acciones de la Compañía. En tres semanas se vendieron por los banqueros de la rue Quincampoix, encargados de la colocación de aquellos títulos, 300.000 acciones. La especulación se desorbitó sin interesarse ya sobre los posibles beneficios, sino actuando sobre la plus-valía que, en ocasiones llegó a ser de 20 veces el precio de emisión. A finales de 1719 la cotización alcanzó a 18.000 libras, es decir, 36 veces el valor nominal de las acciones. El "boom" era monstruoso y el crac tenía faltalmente que serlo. A los diez meses de haber pagado los compradores de diciembre de 1719, 18.000 libras, las mismas acciones se ofrecían, en septiembre de 1720, sin encontrar comprador, a 40 libras, que era la cuatrocientas cincuentava parte de lo que por ellas se había pagado. La operación de Law, llevó a la ruina a millares de ilusos y el barón de Montesquieu escribió: "Todos aquellos que hace seis meses eran ricos están ahora en la miseria. Law ha trastocado el Estado como un vendedor de trajes viejos le da la vuelta a un abrigo".

Un poeta humorista escribió el epitafio que a su juicio había que ponerle a John Law, cuando murió en 1729:

*"Aquí reposa un célebre escocés,
calculador, portento sin igual;
que con reglas del algebra y de tres,
condujo toda Francia al hospital".*

La consecuencia de este desastre fue la creación de la Bolsa de París en 1724, a fin de poner término a las locuras de la especulación.

En honor a la verdad hay también que decir, que, casi paralelamente, y a pesar de llevar la Bolsa de Londres más de siglo y medio de existencia, en Inglaterra se vive por aquellos años un verdadero delirio de especulación, tras una larga etapa de cautela, y de dificultades económicas secuela de las dos revoluciones y de las guerras mantenidas por sus reyes. Los empréstitos se multiplicaban y el ahorro estaba cada vez más renuente a entregar su dinero a bajo interés. Ello hace que cuando en 1711

el Gobierno inglés apoya la creación de la "South Sea Co", o Compañía de los Mares del Sur, para dedicarse principalmente al tráfico de esclavos, el llamado "marfil negro", que produjo beneficios al principio tan exorbitantes como inmorales, los ingleses se lanzasen a suscribir acciones de la "South Sea", que se transforman en papel de especulación, cuando las dificultades de la navegación y las condiciones brutales e inhumanas con que se llevaba a los negros cazados en Africa a tierras americanas, como lo recuerda con horror, nuestro Fray Thomas Mercado, en su admirable "Suma de Tratos y Contratos", hacen disminuir en mucho los beneficios; pero la pauta estaba dada y el espíritu de juego de los ingleses se lanza a una peligrosa zarabanda de especulación sobre las acciones de centenares de compañías que, sin base económica ni comercial efectiva —por lo que se conocían con el nombre de sociedades "bubbles" o burbujas—, conseguían engatusar a los compradores. Pero como el terreno sobre el que marcha la fantasía, es movediza y frágil, bastó la quiebra escandalosa de una de ellas, para que el pánico se adueñase de todos los tenedores de acciones de las "bubbles", pánico que alcanzó también a los títulos de la "South Sea", produciendo un desastre de caracteres semejantes al provocado en Francia por las fantasías de John Law.

Las repercusiones en Europa de aquellos dos craes determinaron en casi todas las Bolsas una etapa, de casi un siglo, en el que las operaciones bursátiles fueron menores en cantidad e importancia, y el principal papel negociable, las acciones, eran miradas con desconfianza, si los negocios de las compañías no eran lo suficientemente claros. La Bolsa, por lo tanto, después de sus años alegres de vida disipada, de rumores, de embustes, de sueños y de engaños, hubo de someterse a un régimen dietético estricto, sin más alimento que papeles sanos, no demasiado rentables: valores del Estado; obligaciones con garantías auténticas, y acciones bancarias o de instituciones de reconocida solvencia y beneficios no exagerados.

Igual que el hombre no ha podido vivir sin guerras, con la esperanza de ganarlas, así la Bolsa, cansada de aquellos años de tranquilidad, cuando la aventura napoleónica enciende en guerras a Europa, y la independencia de las colonias españolas en América crea el espejismo de la posible explotación de unas riquezas exorbitantes, vuelve a abrigar en su casa a los especuladores, e igual que el cierre de los créditos de los Fucar fue causa del cataclismo económico europeo del siglo XVI, los créditos otorgados por los Rotchild al gobierno inglés, dan aliento a la Bolsa londinense. El "veneno" bursátil, fácil de asimilar y muy difícil de eliminar, resurge en Londres. La relación Banca-Bolsa se aprieta y el mundo llama a los

Rotchild, como lo habían sido los Fucar: “Banqueros de los reyes y reyes de los banqueros”.

La aventura bursátil se complica; la técnica se afina, la fantasía inagotable del especulador prepara nuevos campos, en tanto que el nacimiento de la gran industria, los inventos revolucionarios en los transportes con la máquina de vapor, en la industria con la electricidad, y la sustitución del régimen absolutista por el constitucional, crean un nuevo clima en el que la Bolsa tiene un gran papel que jugar como “centro nervioso” de la economía capitalista en floración, ante el fracaso del mercantilismo. De ese momento de la historia, Laski —marxista y por ende poco sospechoso como defensor de la libertad— tiene que confesar: “La teoría constitucional con la sustitución de la discreción por la norma, del capricho del monarca por la libertad civil, es la contestación del negociante al fracaso de la economía nacional para servir sus necesidades”. Así fue, en efecto y esa libertad fue la que insufló aliento a la Bolsa en el siglo XIX, y la que le ha permitido sortear siempre los peores golpes, sobreviviendo a ellos, para rehacerse, dejando caer a los “infeles” —los malos negociantes, los que quiebran— y permitiendo a los prudentes vivir a su cobijo, si la ambición no les trastorna el juicio.

Ese tan denostado siglo XIX, en el que el mundo da un salto prodigioso como el de pasar de los correos a caballo para proporcionar noticias —Los Fucar sabían y bien lo explotaron, montando para ello en el siglo XVI un servicio de corresponsales y correos entre las principales plazas comerciales y bancarias de Europa— a la noticia telegráfica, tras la creación de la red europea de ferrocarriles, le da a la Bolsa un instrumento de información, que acrecenta prodigiosamente su importancia; de tal manera que un estudio analítico de la vida bursátil desde 1800 hasta 1900, nos daría detalladamente y día por día la historia política y económica de Europa. Las guerras, la paz, las revoluciones, los descubrimientos, las nuevas industrias, la riqueza o el empobrecimiento de los pueblos, e incluso las ilusiones que provocaron las famosas “riadas” del oro o de los diamantes. Y aunque en los pasillos y en los alrededores de las Bolsas brotan, como la mala hierba, los rumores, los sueños descabellados y la fantasía desbordada, lo cierto es que, ya en su casa, la rapidez de la información pone cortapisas a ese mundo frenético y colorista del deporte del agio.

De la importancia que los sueños y la lentitud en llegar las noticias tenían en la Bolsa de Amsterdam, nos informa Josef de la Vega, a quien tantas veces hemos acudido, al contarnos con su acostumbrada gracia lo

que allí sucedía: “Gobernándose —dice— unos por sueños, otros por agüeros, estos por ilusiones, aquellos por caprichos e innumerables por quimeras”. “Soñó uno con la estatua de Nabuco, y vino corriendo a vender acciones (de la Compañía de Indias), voceando que si a la estatua de Nabuco había derribado una china, le quería significar el sueño que el negocio de la China estaba perdido para la Compañía, y que en llegando las naves, había de caer este promontorio y fenecer este coloso. Soñó otro con el incendio de Troya y deshízose en ventas, haciendo este discurso: el incendio de Troya fue por Elena. Hay ocasiones en que nuestras naves toman la Elena cuando parten de Batavia para la patria, si combatidas por las tormentas, no pueden doblar El Cabo, con que me quieren representar la Fantasía, que han de padecer naufragios los navíos, trayendo una nueva (una noticia) que sirva de Etna para las acciones y de Mongibelo para los accionistas”.

Conviene señalar que si en Europa la Bolsa sufrió solapsos graves en 1825, 1845, 1848, 1873 y 1895 como consecuencia del encuentro de la realidad con las ilusiones despertadas por agiotistas y especuladores —los empréstitos de los países hispano-americanos, la fiebre de acciones de los ferrocarriles, la caída de Luis Felipe en Francia, el crac de Viena a consecuencia de los aumentos de salarios, que reducían los beneficios de las empresas, y que fue un trallazo para todos los especuladores europeos; y por último el gran crac del oro sud-africano—; en términos generales, la honorabilidad, la minuciosa legislación, y la persecución de los agiotistas delincuentes, dió a la vida de la Bolsa en Europa un carácter técnico, serio y profesional, que en ocasiones ha conseguido reencauzar las aguas desbordadas por la malicia y la fantasía de una especulación frenética, sin base real en que apoyarse.

En cambio, el desastre de la Bolsa en Nueva York ocasionado por las repugnantes maniobras de los financieros Jay Gould y Jim Fisk, este último declarado enemigo de Vanderbilt a quien quería arrancar el control de los ferrocarriles, en septiembre de 1869, nos muestra una Bolsa en la que brillaban por su ausencia las más elementales normas de moralidad. Dejemos hablar a André Kostolany en su descripción de aquella maniobra: “Como en cada época de agitación, la guerra civil norte-americana había aumentado la moneda fiduciaria en circulación y creado cierta inflación de “greenbacks”, de dólares papel”.

En Wall Street (la Bolsa), bajo la alta dirección de Jay Gould y de su compadre Fisk, se había constituido un sindicato para una jugada de Bolsa monumental. Los dos tenían ya sobre su conciencia cierto número

de operaciones sospechosas en materia de ferrocarriles, y estaban dispuestos a valerse de todos los medios, incluso la puñalada por la espalda, para lograr sus fines.

Gracias a sobornos y sobres hábilmente distribuidos, incluso al cuñado del general-presidente Ulises Grant, habían logrado retrasar el momento en que el Gobierno lanzaría oro al mercado para sostener el dólar.

Por de pronto los dos especuladores hicieron compras de oro por su cuenta; después, dieron a docenas de corredores la orden de que hicieran compras importantes para hacer subir el precio del metal amarillo. Al ver que las cotizaciones subían vertiginosamente, todo el mundo ahorrador se apresuró a comprar oro al contado y a plazos. La atmósfera giraba hacia el pánico por el alza del oro, equivalente a pánico por la baja del dólar-papel.

El 23 de septiembre llegó un telegrama del gabinete del presidente Grant anunciando que la intervención gubernamental era inminente: El Gobierno va a poner en el mercado una gran cantidad de oro para hacer subir el dólar. Gould y Fisk, friamente, continuaron haciendo comprar oro a alto precio por sus corredores titulares por órdenes verbales, al mismo tiempo que se deshacían clandestinamente de todo el oro que poseían.

En cuanto el gobierno actuó, comenzó el hundimiento del precio del oro, para precipitarse, al final de la jornada en un verdadero desastre. La confusión fue total, porque además de las pérdidas sufridas por el público, Gould y Fisk se negaron a aceptar las enormes cantidades de oro que sus propios corredores habían comprado por sus órdenes verbales.

La “pandilla” negó sin vergüenza alguna sus órdenes, sin preocuparse de la suerte de sus intermediarios. Casi todos tuvieron que suspender pagos, lo cual desató una tremenda serie de quiebras en cadena. Al terminar el día, nadie sabía quien era solvente y quien no lo era. Jay Gould, Jim Fisk y toda su “pandilla del oro” guardaron el botín, frotándose las manos, mientras sus propios corredores se habían quedado sin un centavo.

Esa jornada de otoño de 1869, quedó impresa en la Historia de Wall Street como el “día de la infamia”, el “Pearl Harbour” de la Bolsa de Nueva York. Lo cual no impidió que Gould prosiguiera con tanta audacia como éxito su actuación fraudulenta sobre los ferrocarriles”. Al lado de esta desvergonzada “estafa” disfrazada de “operación de Bolsa”, en la cual, sin haber seguramente leído la “Confusión de Confusiones” de

nuestro Josef de la Vega, Gould, Fisk y su pandilla hicieron lo que los “Federiques” de la Bolsa de Amsterdam hacían en el siglo XVIII, resultaban “juegos inocentes” lo que pudiéramos llamar “operaciones maliciosas” como la jugada del banquero inglés Beit, en los momentos en que barruntó cómo iba a terminar la gran aventura bursátil del oro de Sud-Africa, que enloqueció a casi toda Europa hasta el crac de 1895.

Beit, de origen alemán y cuya madre vivía en Hamburgo se encontraba poseedor de un importante paquete de acciones de una de las compañías mineras y tuvo o la intuición, o el sueño, o la noticia de que su papel olía a chamusquina, y le resultaba difícil y peligroso lanzar en Londres su paquete de acciones a la venta.

Su estratagema fue la siguiente: escribió a su madre una carta al mismo tiempo que le mandaba un paquete, lacrado y sellado que contenía acciones. En la carta le explicaba su “razón” para enviarle aquellos títulos que —le aseguraba— en poco tiempo valdrían por los menos 10 veces más; pero que de ninguna manera abriese el paquete, a fin de darle entretanto tiempo a él para poder comprar una buena cantidad de acciones iguales.

Suponía Beit, y con razón, que la curiosidad de su madre le haría abrir el paquete enviado, y que una vez abierto no resistiría a contárselo, claro está, como un “secreto importante” a unas cuantas amigas; como así sucedió. El “secreto a voces” corrió de boca a oreja por toda la vieja ciudad de Hamburgo, que por sus antecedentes hanseáticos abrigaba un buen número de “especuladores”. Pocos días después llovieron en Londres, procedentes de Hamburgo, numerosas peticiones de aquel papel que “sabían de buena fuente” los compradores que iba a experimentar muy pronto un “boom”. Y el banquero Beit, que como se ve no se paraba en barras ni siquiera para explotar la buena fe de su madre, pudo deshacerse a buen precio, ante la abundante demanda, de aquel papel, que pronto siguió el catastrófico ritmo bajista de todos los que habían subido a los cuernos de la Luna en aras de las fantasías mineras del Africa del Sur.

Con el transcurso de los años, la internacionalización de la Bolsa y la preponderancia de las Bolsas anglo-sajonas, el léxico de la jerga bursátil ha sufrido algunas curiosas rectificaciones con respecto al que corría en Amsterdam. Así los “alcistas” que en Amsterdam eran conocidos por “Liefhebberen” (amantes, en la lengua flamenca, por su optimismo) se designaron hoy como “bulls” —toros, por la ceguera mental con que suelen embestir—; y los bajistas, los “contramineros” de que nos habla de la

Vega, se conocen hoy con el nombre de “bears” —osos, por lo peligroso de sus abrazos—. Unos y otros, sin embargo, por buenas y exactas que sean las informaciones que posean, están siempre expuestos a que cualquier acontecimiento imprevisto, de orden político, social, económico, internacional o natural, eche por tierra todos sus cálculos de especulador. Y no por aquello de “quien más mira menos ve”, que dice el viejo refrán, sino porque el azar o la fortuna no se ligan nunca ni al cálculo, ni a la matemática, ni a la lógica, ni a la previsión del que avizora el panorama mundial de los títulos o de las mercancías en el mercado libre. Ese es probablemente el gran peligro y el gran atractivo de la Bolsa en las operaciones a plazo o a término, realizadas honestamente. “El Elogio de la locura” de Erasmo, es un libro que convendría estuviera siempre a mano de los especuladores en Bolsa.

Ejemplo típico de desastre en una honesta operación “bajista”, fue la famosa especulación sobre la “copra”, materia prima indispensable para la fabricación de la margarina y de muchos jabones.

Un grupo de grandes fabricantes de materias primas le vendió “a término” de dos meses al trust holandés “Unilever” una importantísima cantidad de copra, convencidos de que el término de la guerra de Corea y la abundante cosecha que se anunciaba en Filipinas, originaría una muy sensible baja de precios en aquella materia. La especulación consistía en haber concertado la operación a plazo al precio internacional del momento en que la concertaban, sin tener en su poder aún la copra que vendían, y que esperaban comprar para entregarla, a precio mucho más bajo que el señalado por ellos en su venta. Los supuestos no podían ser más válidos: la guerra de Corea a punto de terminar consumía la mayor parte de la producción de copra en el Pacífico. El término de la guerra y el cosechón de copra estaban a la vista. Podía avizosarse pues el negocio para especular a la baja, y así lo hicieron... pero el barómetro se opuso. El tifón “Isabel” desatado sobre Filipinas, primer país productor de copra, y sobre otras islas del Pacífico, aniquiló la esperada cosecha; y la terrible escasez hizo subir vertiginosamente los precios, contribuyendo también al “alza”, las órdenes de compra que tuvieron que hacer los propios especuladores vendedores a plazo. El resultado fue en consecuencia, una excelente operación de compra para el trust “Unilever” y una ruinosa operación de venta para los fabricantes especuladores, que habían vendido la piel del oso, antes de haberlo cazado.

El problema psicológico de la Bolsa está, precisamente en eso; en que por regla general, cuando uno pierde, suele haber otro que gana, y el ju-

gador de Bolsa piensa siempre —sin excepción— que el ganador será él. Esa es su ilusión, su sueño y su veneno.

Kostolany nos cuenta cómo se arruinó varias veces; cómo pasó de “bajista” a “alcista”, cómo no escarmentó y cómo está convencido de que no puede ser buen especulador, el que no ha sufrido repetidos desastres.

Igual conclusión se saca de la lectura de la “Confusión de Confusiones” de Josef de la Vega, que terminando casi el Diálogo Cuarto, les dice a sus oyentes, el filósofo prudente y el mercader discreto, después de conocer su ruina por la caída de cotización de las acciones de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales: “Verdad es que el gran Guillermo, Príncipe de Orogen, tomó por empresa —emblema diríamos ahora—, un árbol marítimo poniéndole por mote la sentencia de Virgilio, “audaces fortuna iuvat”; pero en este marítimo árbol de la Compañía, parece que no quiso rendirse la Fortuna a la máxima de este campeón invicto; ya que vemos que en lugar de erigir a los alentados, postró a los audaces”. Y cuando parece que ha escarmentado con el golpe que acaba de recibir, continúa diciendo: “Sin embargo de estos eclipses, aún os aconsejo a que seáis Liefhebberen y no contraminores —es decir, alcistas y no bajistas— siendo harto indicio de la sinceridad con que lo pido, amar lo que me sirvió de desdoro, y conocer que es bueno lo que me sirvió de ruina; pues si Aníbal afirmaba a Escipión que no podía aconsejar bien quien no le había sucedido un infortunio en la vida; yo, es preciso que os aconseje bien a vista de mi infortunio: y si no, ved como ya va volviendo a revenir el coraje, y cómo habiendo bajado 180 por ciento las acciones, por el recelo de la guerra que se temía, volvieron a subir 100 después de saberse ya con evidencia que hay guerra”.

“Lo que más me lastima, es ver el soplo en que se acabó el embeleco donde se sustentaban tantos honrados y se mantenían tantos tristes; pues había echado tales raíces el árbol, que nadie pudo jamás pensar que se secase al primer accidente el tronco”.

¿Cuál es ese poder de la Bolsa que lo mismo sujeta a un humanista como Josef de la Vega, conocedor como nadie de los peligros que encerraba un juego, que atrae al financiero, al pícaro o al ingenuo. Acaso la respuesta nos la den dos poetas, que, por cierto conocía muy bien el humanista español desterrado en Amsterdam: Virgilio y Calderón. El príncipe de los poetas latinos nos dice inspirándose en los versos de la Sibila: “*Suberunt priscae vestigia fraudes*”, es decir: Siempre habrá vestigios de fraudes; y eso lo conocemos bien los mercantilistas, por aquello del

"Decoctor ergo fraudator" ya que el engaño o fraude, es una de las enfermedades crónicas del ingenio de la criatura humana, y el afán de lucro que anima al comerciante, y está siempre presente en el mercado, no podía dejar de asomarse y aun de asentarse en el sensible mercado del dinero y de los valores, como teatro que se presta a intercalar al defraudador entre sus personajes. Si el engaño de la serpiente con la manzana, que costó la pérdida del Paraíso, no escarmentó al hombre, ¿por qué ha de ser extraño que en un escenario tan cargado de sorpresas y dificultades como el mercado a plazo de la Bolsa, aparezcan de vez en cuando los famosos "Federiques" de Amsterdam?"

El otro texto, es de nuestro Calderón de la Barca en "La Vida es sueño", texto que además de un espejo de la vida, es el ejemplo más claro de ese paralelismo de la vida y la Bolsa, con que comenzamos este rápido cuadro abocetado de nuestra institución.

Hemos hablado, recogiénolo de Josef de la Vega, de Sáinz de Andino y de André Kortolany, del mercado frenético de la Bolsa; de las ilusiones ¡ay! muchas veces perdidas; de las sombras y rumores que alientan o deshacen operaciones y especulaciones; de la ficción que supone la venta de lo que no se posee; y sobre todo de los sueños del jugador de Bolsa. Hay pues en la Bolsa, frenesí, ilusión, sombra, ficción y sueño. No es necesario forzar la imaginación para la llamada inmediata de los versos de Calderón:

*"Qué es la vida? Un frenesí.
 ¿Qué es la vida? Una ilusión,
 una sombra, una ficción,
 y el mayor bien es pequeño
 que toda la vida es sueño
 y los sueños, sueños son".*

Si sustituimos la palabra "vida" por la palabra "Bolsa", habremos encontrado la más bella definición poética de la Bolsa, y la ratificación de lo que al principio dijimos sobre la vitalidad inextinguible de esta curiosa, complicada, peligrosa y sin embargo utilísima e insustituible institución.

Quédense para las explicaciones de los cursos de Derecho mercantil, el transfondo y los bastidores de cada uno de los contratos bursátiles y sus modalidades. Las últimas pinceladas de este cuadro serán, tienen que serlo, dos toques de contraste de luz. Uno de ilusión fallida, el otro de pru-

dencia en la defensa de todos aquellos que han de acudir a la Bolsa sin ser jugadores ni especuladores profesionales.

Las ilusiones fallidas no tuvieron jamás en la historia de la Bolsa nada parecido al espantoso crac de la Bolsa de Nueva York en 1929, que sirve todavía de punto de referencia: “antes o después de 1929”. Dos años antes, en 1927, el pánico se apoderó de Europa por el crac de Berlín; pero Wall-Street consiguió capear el temporal. En 1929 coincidieron dos hechos en Londres la famosa quiebra de la empresa Photomaton que dio lugar a un escandaloso crac, y la subida del tipo de descuento por el Banco de Inglaterra— que conmocionaron profundamente el mercado mundial de valores. En Nueva York, la alegría bursátil había llegado a su cénit, momento peligroso, porque si al comenzar el descenso, se da una voz de alarma, el descenso se transforma fatalmente en caída. La alarma se dio el 22 de octubre, un martes. Ni los grandes banqueros reunidos por una convocatoria urgente de Morgan; ni el fondo de sostén de 240 millones de dólares —fabulosa suma en aquellos años— para tratar de detener la caída vertiginosa de los valores, sirvieron para nada. El pánico se adueñó de Wall Street; el dinero desapareció, y hoy todavía sufrimos o disfrutamos consecuencias de aquel inmenso y único, en su volumen, desastre económico. La fe sin límites de los compradores y tenedores de papel de especulación se cambió en horas por una total desconfianza. La crisis llegó lo mismo al consumo que a la producción, y la desesperación sucedió a las locas esperanzas.

Se cuenta que era tal el número de suicidios, que a un inglés que al llegar a un hotel pidió una habitación en un piso bastante elevado para divisar bien el espectáculo de la gran ciudad, le preguntó el recepcionista: “¿Pero es para dormir o para saltar?”.

En el impresionante reportaje histórico que hace Kostolany en “Si la Bourse m'était comptée”, al hablar de la catástrofe de Wall-Street de 1929, relata la anécdota siguiente: “Un especulador entra corriendo en un restaurante de Wall-Street y encarga ostras, un potaje, un steck, pasteles y café. Como a medida que el camarero le está abriendo las ostras se va poniendo nervioso, atraviesa la calle para echar una ojeada al “ticker” —el anunciador automático de las cotizaciones—.

—¡Anule las ostras! —grita.

Otra mirada al ticker, la baja se acentúa.

—¡Anule el potaje!

Vuelve de nuevo al ticker:

—¡Anule el steck!

Y así seguidamente, por desgracia, hasta el café. En lugar de comer, el especulador, que se había arruinado, hubo de rogar al camarero que le trajera un vaso de agua y varias aspirinas”.

Y hay unos cuantos datos estadísticos, que también recoge, más elocuentes, aunque no fueran exactos, que cuantos comentarios pudieran hacerse de aquel trágico jueves 24 de octubre.

—123.884 especuladores dichosos que habían podido deslizarse por Wall Street en sus Cadillac, tuvieron que regresar a casa a pie.

—179.397 hombres casados tuvieron que abandonar a sus “pequeñas amigas”, que resultaban demasiado caras, para regresar junto a sus esposas.

La Casa de la Moneda acuñó 111.835.248 piezas de níquel de cinco centavos para el uso de gentes que jamás tomaban el metro y que, a partir de aquel día iban a entrar en contacto con el “subway”.

Las ilusiones perdidas por millones de ilusos, no consiguieron abatir a la Bolsa, que sigue siendo con su mercado libre de valores, dinero o de mercancías, el termómetro de las finanzas.

Hace pocos meses aún, y a consecuencia de la desvalorización de la libra y de la iniciación de la inflación del dólar, el oro ha vuelto a ser materia de abundante especulación bursátil; y yo recuerdo que aún no hace un año, reunidos en Bilbao los catedráticos españoles de Derecho mercantil para unos coloquios bursátiles con los Agentes de Cambio y Bolsa, y como consecuencia de rumores lanzados por algunos periódicos sobre la posibilidad de una próxima nacionalización de la banca en España, los valores bancarios, a pesar de no ser cierto el rumor, acusaron una rápida baja, que trajo de cabeza a los Síndicos de nuestras tres Bolsas, reunidos aquellos días con nosotros, para evitar una generalización del pánico que empezaba a adueñarse de los tenedores de títulos bancarios.

Y esta es la pincelada de prudencia: en la vida movida y azarosa de la Bolsa, hay, como en la vida misma y en las monarquías constitucionales, un elemento moderador, que en muchas ocasiones, refrena, sujeta y explica a sus clientes, lo infundado de sus temores o de sus alegrías y esperanzas excesivas. A algunos esta noble y saludable función podrá parecerles, como dice el pueblo “el tío Paco con la rebaja”; para los que por nuestra especialidad hemos de conocer los entresijos de la vida bursátil, la misión de los Agentes de Bolsa profesionales, se nos presenta como la de una clínica de urgencia en la que, gracias a la técnica instrumental y a la rapidez de la intervención, se evitan mayores males y se salvan desgracias que podrían ser irreparables.

Como en la vida pues, ponemos en nuestro un poco arrebatado boceto biográfico de la Bolsa, esta pincelada de esperanza, que no quisiéramos perder mientras nos quede aliento.

*“Que toda la vida es sueño
y los sueños, sueños son”.*

He dicho.